

RENÉE ROSEN

DOLLFACE

UNA NOVELA SOBRE LOS VIOLENTOS AÑOS VEINTE



Créditos

EDICIONES KIWI, 2014

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.

© 2014 Renée Rosen

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: Thinkstockphoto

© Ediciones Kiwi S.L.

No se permite la reproducción total o parcial, así como la modificación de este libro por cualquier medio mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción basada en una época real. Algunos de los eventos y sus líneas temporales han sido modificados para el propósito de la novela..

Dedicatoria

**Para Joe Esselin, maestro, dramaturgo, poeta y estimado
amigo.**

Cita

*«Existen muchísimas cosas de las cuales,
su prohibición, constituye su mera tentación»*

—William Hazlitt

**LIBRO UNO
CHICAGO
1923 - 1924**

LA TRAMPILLA DE ESCAPE

—No eres de las que sonríen muy a menudo, ¿verdad? —me soltó el hombre a mi lado.

—Sonreír suele meterme en problemas.

—Sí, seguro que sí. —Sus ojos recorrieron mi cuerpo, desde mis hombros hasta los pies. Me pregunté si sería capaz de adivinar que llevaba medias falsas o que había dibujado sus costuras sobre mis piernas con lápiz de ojos. Escondí una pierna detrás de la otra, en un intento de ocultar mi engaño.

Era viernes noche y estaba en el Five Stars, sentada al lado de un desconocido que acababa de invitarme a mi segundo bourbon. Sin apartar la vista de mis dedos plagados de pequeños cortes por culpa del papel y manchas de tinta, cerré los ojos, en un intento por deshacerme del dolor de cabeza que llevaba arrastrando desde el martes. En mi cabeza no dejaba de resonar el coro de filas de máquinas de escribir Smith Coronas haciendo su trabajo, encabezado tras encabezado, y el ruidito de dos docenas de las cajas de esas mismas máquinas yendo adelante y atrás sin descanso. Acababa de sobrevivir a mi primera semana como secretaria para las oficinas de seguros Schlemmer Weiss y Unger. El trabajo era un aburrimiento, un verdadero muermo, y la paga era horrible. De los veinte dólares que había en el sobre de mi paga semanal, ocho ya se habían esfumado gracias a mi casera en el mismo instante que había puesto un pie en la pensión para cambiarme y quitarme mi ropa de trabajo. No sabía cómo iba a conseguir sobrevivir con doce dólares hasta el próximo día de paga, pero me negaba a admitir que mi madre tenía razón. Yo ya tenía dieciocho años y otras chicas de mi edad encontraban trabajos y vivían por su cuenta. Si ellas lo conseguían, yo también encontraría la manera.

Le di otro sorbo a mi bourbon. Entró fácilmente, suave como una Coca-Cola. Hasta ahora, solo había estado en un par de bares clandestinos, pero ya podía ver por qué eran tan populares. Todo el mundo sonreía y reía, pasándose de maravilla. Desde que empezó, cualquier persona con un poco de cerebro podría decirte que la Prohibición no iba a prohibir una mierda. Solo conseguía hacer más atractiva aún la fruta prohibida. Ahora, incluso la gente que no bebía antes de 1920, se dedicaba a llamar a puertas secretas, susurrar sus contraseñas y pavonearse rodeados de botellas de ginebra y whisky alineadas en sus repisas como si fueran soldados de hojalata. Si la Ley Volstead hubiera ilegalizado el chicle en vez del alcohol, ¿qué es lo que pensáis que hubiéramos mascado con nuestros amigos? ¿En qué gastaríamos nuestros últimos dólares y qué tendríamos escondido en nuestras medias? Por supuesto. Siempre deseamos aquello que no podemos tener.

Pero dejando a un lado la Prohibición y los bares clandestinos, no se podía decir que el alcohol fuera un completo extraño para mí.

—Dios bendito —dijo el tipo, negando con la cabeza—. ¿Cómo demonios una dama tan pequeña como tú puede beber tanto, joder?

Tampoco era tan pequeña. De verdad que no. Si hubiera estado de pie, hubiera visto que medía un metro sesenta. Pero sí que soy bastante delgada. Mi cuerpo es tan estirado y elegante como mi pelo que, en aquel momento, llevaba cortado al ras de la barbilla con un abundante flequillo recto. Entre mi pelo negro azabache y mis ojos oscuros, más oscuros aún gracias al *kohl* que llevaba, poseía un estilo moderno que no pasaba desapercibido para los hombres, como demostraba el que tenía sentado a mi lado.

—Lo digo en serio —siguió diciendo el desconocido—, ¿dónde aprende una señorita tan menuda a beber así?

—Mi madre —le dije, haciendo girar el bourbon en mi vaso— me mojaba el chupete en aguardiente para que me durmiera.

—¡Que me aspen! —Se terminó su bebida de un trago y sacó un cigarrillo del maltrecho paquete que asomaba del bolsillo de su camisa.

Me terminé aquella ronda con él, me bajé de mi taburete y fui a buscar a Evelyn. Estaba agotada y lista para volver a casa. Balanceándome por el centro del suelo de madera, era demasiado tarde para pensarme lo de ese segundo bourbon o el escaso plato de sopa en el que había consistido mi cena. Apoyé la mano en la pared para intentar que la habitación dejara de dar vueltas.

El Five Stars estaba hasta los topes, parecíamos sardinas en lata, chocando hombro contra hombro. Las parejas llenaban la pista de baile con el Bunny Hug y el Charleston, mientras el grupo South Side Jazzers tocaba en el escenario. Subí las escaleras solo para averiguar que el segundo piso estaba igual de lleno. Las chicas de los cigarrillos deambulaban por la habitación con sus faldas cortas y sombreritos, vendiendo cajetillas de Lucky Strike y White Owl. Nubes de humo flotaban por encima de las mesas de blackjack atendidas por crupieres vestidos con chalecos rojos y pajaritas a juego.

En la esquina del fondo, localicé a Evelyn al lado de las máquinas tragaperras, junto a un hombre que sostenía un cigarro apagado entre sus labios. Cuando llegamos al bar, ella estaba agotadísima después de una semana de trabajo, pero parecía que a aquellas alturas todo aquel cansancio se había esfumado. Cada vez que el hombre bajaba la palanca de la tragaperras, Evelyn daba saltitos arriba y abajo, sus largos rizos castaños moviéndose alrededor de su cara cuando aplaudía, deseando que el hombre consiguiera las tres cerezas.

Accidentalmente, choqué con un hombre en la mesa de dados acompañado por un par de fulanas a cada lado. Me disculpé sin tan siquiera mirarle. No fue hasta que tiró el dado y sus chicas soltaron un exasperante «Awwwwwww» que captó mi atención. Alto, musculado, con la corbata desanudada y las mangas de su camisa re-

mangadas, tenía ese aire despeinado que solo le quedaba bien a los hombres verdaderamente guapos.

—No siempre se puede ganar, ¿no? —dijo, lanzándome una sonrisa traviesa, ladeada, de auto-suficiencia, que sin duda habría conseguido engatusar a cualquier inocente conquista antes que yo. Eran los hombres como aquel, los que conseguían que el siguiente chico que apareciera en tu vida no supiera a nada.

Y habría otro chico y probablemente uno después de ese, porque los hombres como él nunca eran la última parada en el felices para siempre de nadie.

Estaba exhausta y no estaba dispuesta a darle la satisfacción de hacerle saber que era tan guapo como él mismo creía que era.

—Mejor suerte la próxima vez —dije y me volví para alejarme de allí.

—Ey, no tan rápido, muñeca. —Me agarró de la mano y provocó una chispa que no esperaba—. Estaba ganando hasta que apareciste. ¿A qué viene tanta prisa? —Esbozó esa deslumbrante sonrisa suya al mismo tiempo que un par de mechones del pelo se le escaparon, cayéndole sobre la frente. Su pelo era marrón claro, del color de las castañas—. Si no te importa que te lo diga —se acercó un poco más— eres una mujer muy bonita. Tienes que ser modelo.

—Oh, venga ya —me reí, poniendo los ojos en blanco—. ¿No puedes entrarle a una chica con una frase mejor?

—Vale, ¿y qué me dices de ser actriz?

—Por favor... ¿de verdad se lo tragan cuando les dices algo así? —Me crucé de brazos, esperando que aquello frenara la urgencia que sentía de acercar mi mano y apartarle el mechón con la punta de mis dedos.

—Vamos —me dijo—. Déjame que te invite a algo de beber. ¿Cómo te llamas?

—Vera. —Le eché un vistazo a Evelyn. Aún seguía con el hombre junto a las tragaperras y no existía forma alguna de que quisiera irse. Estaba tan cerca de querer dejarle como él de dejar una máquina a punto de ganar.

Aunque ya me había tomado aquellos dos bourbons, acepté y dejé que me invitara a una copa. Se presentó a sí mismo. Dijo llamarse Tony Liolli y chica, podría asegurar en ese mismo instante que era el jefe de algo.

Casi habíamos llegado hasta la barra cuando una luz roja sobre nuestras cabezas se activó y empezó a sonar una alarma. Me sobresalté, asustada por lo repentino que había sido.

Tony subió el brazo, poniéndolo a modo de barrera delante de mí.

—¡Maldita sea! —La alarma volvió a sonar. Un pitido más largo esta vez.

—¿Qué es eso? ¿Qué ocurre? —Me agarré con fuerza a su brazo, recuperando la entereza rápidamente. Pensaba que el sitio estaba ardiendo y mi corazón latía desbocado.

—¡REDADA! —gritó alguien—. ¡Son los federales! ¡UNA REDADA! ¡QUE TODO EL MUNDO SALGA DE AQUÍ!

De repente, todo el mundo empezó a gritar al tiempo que pasaban a nuestro lado, camino de las escaleras. Un crupier me embistió con fuerza, casi haciéndome caer, mientras él y otro camarero no paraban de dar vueltas alrededor, intentando deshacerse de cualquier rastro de alcohol. Vi a uno de ellos tirando de una palanca a un lado de la barra y todas las botellas de la repisa emitieron un ruido parecido a un silbido y desaparecieron tras una puerta secreta. Otros dos hombres echaron a correr a mi lado, cogieron la barra del bar y la volvieron del revés, haciéndola parecer un inocente aparador. En cuestión de segundos, todas las máquinas tragaperras fueron vueltas del revés. Sus partes de atrás parecían bibliotecas de verdad.

—Vamos, tenemos que largarnos de aquí. —Tony me cogió de la mano y me arrastró entre la multitud, dirección a la puerta principal.

La alarma sonaba una y otra vez mientras todo el mundo se dirigía a las escaleras, volcando mesas y sillas por el camino. Yo pisoteé el sombrero perdido de alguien y casi me tropiezo con una billetera abandonada.

—¡Espera! —Me giré, con el corazón latiéndome desbocado—. ¿Dónde está Evelyn? ¡EVELYN!

—¿Quién demonios es Evelyn?

—Evelyn. Mi compañera de habitación.

—Olvídate de Evelyn —me gritó Tony—, a menos que quieras ver el interior de un furgón policial.

—¿Evelyn? ¡EVELYN!

—Vámonos. ¡YA!

Después de una última mirada buscando a mi amiga, Tony y yo empezamos a movernos, abriéndonos paso hacia la parte delantera del local cuando la dirección de la multitud cambió de repente y la gente empezó a retroceder, chocando los unos con los otros. Los federales estaban llegando y todo el mundo que había intentado bajar por las escaleras estaba siendo arrastrado a la habitación principal. Un hombre fornido que llevaba demasiada colonia me pisó un pie en el momento justo en el que los agentes irrumpieron en el local haciendo sonar sus silbatos con fuerza.

—Vamos —dijo Tony tirando de mí—. Por aquí.

Se movió con rapidez, guiándome a la parte de atrás de la habitación. Cuando nos topamos con un muro sin salida, me quedé paralizada, pero Tony agarró un picaporte de latón, lo giró y el muro se deslizó hacia la derecha. Era solo una pared falsa que ocultaba una desvencijada escalera. Los crupieres, camareros, e incluso las chicas de los cigarrillos, entraron después de nosotros.

—Venga... ¡daos prisa!

Eché un último y desesperado vistazo intentando encontrar a Evelyn.

—¿Evelyn? ¡EVELYN!

No sirvió de nada.

Tony nos condujo a mí y a otras doce personas escaleras abajo. No había barandilla ni tampoco mucha luz hasta que bajamos al primer piso. Tony y otro hombre desbloquearon una segunda puerta que conducía a otro tramo de escaleras. Escuchamos gritos y alaridos provenientes de los pisos superiores. Sonaba como una auténtica estampida.

Cuando llegamos al sótano, Tony nos guió por un túnel estrecho lleno de basura y botellas de cerveza y whisky destrozadas. Olía a orín, basura y solo Dios sabía qué más. Empecé a temblar. No podía ver demasiado, pero sabía que debíamos de haber entrado de alguna manera en las alcantarillas. Noté algo corriendo por el suelo y solté un chillido, viendo cómo una cola larga y delgada no paraba de moverse antes de desaparecer entre las sombras.

Tony urgió a las chicas de los cigarrillos y a los otros hombres hacia la entrada del túnel y uno a uno se desvanecieron en la oscuridad.

Llegó mi turno.

—Continúa —dijo cuando me vio dudar—. Estoy justo tras de ti. ¡Vamos!

Hacía muchísimo frío y, aunque aquel sitio olía a rancio y agrio, jadeé en busca de algo de aire. El túnel se hacía cada vez más estrecho y algo goteaba encima nuestro, cayéndome en la cabeza y en los hombros. Escuchaba el ruido de los zapatos chapoteando en el suelo, mientras los otros seguían su camino por delante de nosotros. Con cada paso, más agua sucia y helada se colaba por la suela de mis zapatos empapados.

Cada vez que le preguntaba a Tony dónde estábamos, me decía: —Sigue andando. ¡No te pares, Vera! ¡Vamos!

—¡Sí... vale! ¡Estoy andando, estoy andando!

Mis pies avanzaban con lentitud en la oscuridad, rozando con los dedos las grasientas y derruidas paredes del túnel. En ese tramo, el agua me llegaba por los tobillos y yo apenas podía sentir los pies. Hacía tiempo que mis dedos se habían dormido. Cuanto más nos adentrábamos en el túnel, más se desvanecían nuestras sombras, desapareciendo poco a poco hasta que estuvimos en la más absoluta oscuridad. No podía verme las manos delante de la cara. La pared del túnel era lo único que tenía, mi único punto de referencia. Estaba rodeada por el ruido de agua fluyendo y roedores arañando y huyendo de allí. Si Tony seguía detrás mía no podía oírlo. Estaba sola en aquella negrura

infinita, a tientas, arrastrando los pies, intentando salir de allí.

Cuando pensaba que no podía dar un paso más, escuché el rugido de los automóviles y el murmullo de los tranvías sobre mi cabeza. Las sombras de los otros volvieron a aparecer en cuanto llegamos a otro tramo de escaleras. Un haz de luz nos inundó y me apresuré a ponerme delante, salpicando el agua de la alcantarilla mientras avanzaba.

Una vez que salí al exterior, Tony estaba justo detrás de mí. No podía creer dónde estábamos. Habíamos acabado en la acera de enfrente del Five Stars. Varios furgones policiales estaban aparcados delante del local y había un montón de agentes federales por todas partes. Vi esposado al hombre que me había invitado antes al bourbon. Le estaban metiendo en el furgón, con el resto de clientes que no habían conseguido salir a tiempo. Busqué de nuevo a Evelyn. *Oh, Señor, por favor, no dejes que la arresten.* ¿Qué ocurriría si los federales la habían cogido? ¿Cómo iba a sacarla de la cárcel? Hacía falta dinero para eso y yo solo tenía doce dólares.

¡Evelyn, dónde estás!

Más personas fueron empujadas dentro del furgón policial, mientras otros corrían a toda prisa por nuestra acera, distanciándose todo lo que podían de la acción.

Tony le echó un vistazo a su reloj de bolsillo.

—¿Crees que estarás bien?

—¿Te vas? —mi voz subió una octava, temblando y con la piel de gallina. Era diciembre, mis pies estaban mojados y mi abrigo ahora estaba siendo retenido como rehén en el Five Stars.

—Si fuera tú, no me quedaría mucho más tiempo merodeando por aquí.

—Así que *sí* que te largas.

Se inclinó y me besó en la mejilla.

—Hasta la próxima, Vera.

—Sí. Claro. Hasta la próxima. —Me miré fijamente la punta de los zapatos. Estaba ahí plantada como una cole-